

Seminario Internacional

“Diálogos en Educación y Museos”.

EL MUSEO COMO DISPOSITIVO PEDAGÓGICO PARA LA CONSTRUCCIÓN DE CONVIVENCIAS

Pinacoteca del Estado de São Paulo- Núcleo de Acción Educativa.

Por: Lucía González D

Directora Museo Casa de la Memoria –Medellín. Colombia

Octubre 2015

Me alegra mucho tener la valiosa oportunidad de poder compartir este escenario con quienes desde esta Pinacoteca de Sao Paulo han venido haciendo muy importantes reflexiones en torno a la tarea del Museo, y muy especialmente con quienes, como ustedes han asumido la tarea de educar, y educar para la convivencia.

El reto de la humanidad es la convivencia.

Recuerdo de manera muy especial la 27ª Bienal de Arte, en el 2007, aquí mismo, cuyo tema central fue la pregunta: Cómo vivir juntos? Inspirada en los seminarios que Roland Barthes diera en el College de France en 1976-77

La tesis de la curadora elegida, Lisette Lagnado, “Cómo Vivir Juntos”, no fue otra que la problematización de la posibilidad de construir relaciones interpersonales dentro de grupos sociales claramente heterogéneos, haciendo evidente las inmensas dificultades sociales, culturales económicas y políticas que significa vivir en un mundo cada vez más urbanizado, más desigual y también más

xenófobo. Xenofobia que crece por la inequidad que se ahonda, por la disputa por las oportunidades, y también por la prevalencia de unas u otras creencias.

Esto es ocupar el arte como herramienta crítica de la cultura. Tarea que yo creo firmemente compete al arte, al verdadero arte. Lo ha sido así a través de la historia, y lo es con mayor razón el arte en este mundo contemporáneo, que ha entendido que la belleza no es el fin de arte, que las estéticas se han expandido y que está claro el fin de la Historia, con h mayúscula. Es decir, ahora que los cánones heredados y las historias oficiales han sido destituidos de su pedestal, ahora que lo sólido se desvanece en el aire y no nos queda ninguna certeza. Todas las preguntas están abiertas, incluida de manera especial la que se hace sobre nuestra propia existencia, la posibilidad de convivir de manera armónica y también la posibilidad de sobrevivir.

El arte, el verdadero arte, no solo las expresiones plásticas, está inscrito en una pregunta esencial por la vida, y muchas de las veces en el desamparo, en la desolación de la existencia, y en la angustia humana, que es su finitud. Ya lo decía Homero en la Odisea: “los dioses labran desdichas para que las generaciones humanas no les falte que cantar”.

Todo esto solo para decir que el arte siempre y hoy más que nunca, ha sido el medio por excelencia para plasmar la humanidad que somos y todo lo que a ella concierne. No abogo por el existencialismo, sino por la carga de profundidad que hay siempre en una verdadera obra de arte. Ella advierte lo que otras ciencias no ven. Comunica lo que otros no pueden nombrar. Convierte en metáfora universal lo que nos identifica como seres de este planeta, lo que tenemos en común. Es de ahí, de esa fuerza que emana la potencia del arte, y es por ello, que hombres y mujeres de los más diversos orígenes, culturas y edades podemos conmovernos con una Antígona de Sófocles, un Mesías de Handel, un Guernica de Picasso o un Ulises de James Joyce, o con las ancestrales y sempiternas danzas circulares; porque ahí está el arte para decirnos, para hacernos sentir, para entrar en comunidad con la comunidades de hombres y mujeres que somos.

Desde el museo en el que trabajo hoy, un museo de memoria sobre el holocausto que ha vivido y vive Colombia, esto que trato de explicar se hace muy patente. Seguramente muchos de ustedes han conocido un museo de memoria. Lo que hay allí no está solo para contarnos algo horrible que pasó en un momento de la historia, en un país. Sino para advertirnos de lo que es capaz el ser humano, como lo dice Primo Levi, escritor italiano de origen judío sobreviviente del Holocausto.

El papel del arte en este caso es entonces no olvidar ciertos acontecimientos en los que se ha traspasado la frontera de lo humano, pero a la vez se trata de la celebración de un triunfo, de hacer manejable el horror para poderlo mirar y así abrir un espacio a la existencia. Son muchos los ejemplos de las obras de arte que nos permitido conocer el horror y la belleza a la vez. Goya a través de su magnífica obra pictórica advirtió sobre los monstruos que produce la razón. Steven Spielberg supo llevar al cine de la manera más honda y respetuosa ese horror que fue el holocausto judío en esa maravillosa película La lista de Schindler.

Dice el filósofo italiano Gianni Vattimo: “No hay arte sin violencia, si una obra de arte no tiene un poco de violencia dice poco”, pero el filósofo alemán Gadamer, su maestro, ya había hablado del arte como una promesa de orden en medio de la ruina que amenaza disolverlo todo, el arte como esperanza. Creo que son las dos cosas a la vez: tragedia y utopía.

Entonces qué decir la tarea de un Museo, si es este el lugar por excelencia de las expresiones del arte y de la cultura?

Pero me refiero por supuesto al museo contemporáneo. No a aquel que contiene expresiones contemporáneas de una cultura, sino aquel que ha asumido los retos de la contemporaneidad y entonces antes que pretender instalar una noción de la vida se abre e indaga, interpela. En el que nada es una verdad, solo una propuesta. “Una pregunta abierta al pecho humano” como decía el mismo Gadamer que debía ser toda obra de arte.

El museo contemporáneo entonces está como dispositivo para el conocimiento de sí, de los otros, de lo otro. Cómo el lugar en el que las culturas se interpelan a sí mismas, ofrecen al espectador una gama infinita de preguntas, que no pretende resolver, porque toda obra de arte o activación artística, o producción cultural, debe estar abierta para ir al corazón, a la razón y a la experiencia de vida de cada quien y en esa confrontación íntima enriquecer el repertorio de respuestas de quien la experimenta.

Creo que de eso se trata.

Pero entonces el reto es inmenso para quien cura o comisiona una exposición, una interacción, porque de su profundidad pero también de su generosidad dependerá la riqueza de la experiencia de quienes a ella se enfrentan. Es decir, no se trata más de filar unos cuadros, unos videos o unos performances, sino de proponer un entramado de oportunidades de lectura, que puedan conmover al otro, es decir, moverlo de su lugar, de las certezas y abrirle el mundo. Crearle una inestabilidad para que haya movimiento, es decir, para que la experiencia en el espacio museal sea transformadora.

Por eso la misión formativa es inherente al museo. Pero lo ha de ser de un modo subversivo. Es decir, no para enseñar sino para de allí aprender a leer lo que hay bajo el verso, debajo del texto, de lo que en la vida nos aparece como textual o como verdad.

Todavía tenemos la vieja costumbre de pensar el museo como un lugar en el que se aprende del arte o de las expresiones de la cultura, de tal o cual artista, de esta u otra escuela, del arte de este o de otro país. Esa es una sola una de las múltiples lecturas que puede ofrecer el museo y posiblemente la menos relevante para estos tiempos. Es bonito conocer sobre la vida de Van Gogh o de León Ferrari o Leonilson y sobre las técnicas que utilizaron, pero es mucho más valioso intentar abrir la obra, como abrir la palabra en un libro, para encontrarle su sentido profundo. Lo importante es cómo en lo que el museo nos ofrece aprendemos a leer lo que hay en nuestra propia vida, en la existencia compartida, en la convivencia en este planeta, y de manera muy especial, aprender a leer la riqueza que hay en la diferencia: esencia de la convivencia.

El arte todo, como pocos medios es capaz de relevar el valor de lo más diverso y hacer de una ópera y un canto tribal expresiones de igual valor para la cultura y para la vida, de un lienzo hecho por Picasso y un telar hecho comunidades ancestrales, una obra de arte. Son las expresiones del arte las que hoy nos hacen parte de un planeta compartido.

Propongo entonces tres hipótesis:

- La educación es un acto político, porque construye comunidad de sentido. Es decir, construye nociones que son comunes para que podamos vivir en comunidad.
- La educación no es una función exclusiva de la escuela, y hoy este no es el espacio más relevante para la construcción de sentidos.
- La educación atraviesa las diferentes expresiones culturales a través de las cuales las comunidades construyen sus símbolos, lenguajes, identidades e interacciones.

Es así que el museo como un lugar de la educación, como un hecho en esencia pedagógico, ha de estar llamado a construir sujetos capaces de reconocerse, de reconocer al otro, de vivir en comunidad, desde el desarrollo de su capacidad de abrirse al mundo, de interpelar sus propios acumulados culturales para confrontarlos, para enriquecerlos, para desecharlos también. La experiencia museal como lo habíamos dicho, tiene que ser movilizadora.

La experiencia que hoy vivo me ratifica una convicción que he llevado por años en mí ser: Un museo puede llegar a ser uno de los dispositivos pedagógicos más vitales en una comunidad.

Mi primer recuerdo de algo parecido a un museo fue en la primera Bienal de Arte que se hizo en Medellín. Una gran Bienal. Yo tenía 9 años y por fortuna de la vida tenía un hogar cercano al arte. Había visto laminillas y libros de los impresionistas, de Van Gogh, de Picasso, los que más recuerdo de esa época. Pero allí me enfrenté a un mundo completamente desconocido para mí, que no solo me abrió los sentidos sino también la mente. Algo estaba pasando por el mundo de lo que yo aún no me percataba, y eso maravilloso no me lo quería perder. Vi bultos de heno, máquinas cinéticas, pantallas con juegos ópticos, penetrables de plástico...como obras de arte. La percepción del mundo me cambió, mucho más que los años que llevaba en la escuela y los que habrían de pasar allí. Hoy siento mucho

que en la educación la aproximación a las experiencias de arte siga siendo un lujo de unos pocos. Siento que se están perdiendo de un mundo que solo se narra desde allí, de una capacidad que se desarrolla que tiene que ver con la sensibilidad frente a lo que no solo es bello, sino también bueno. Y ello a pesar de los ingentes esfuerzos que hacen los museos, las bibliotecas, los teatros en tantas partes del mundo por acercar el público a ese tesoro.

La otra experiencia que me ratificó lo que puede llegar a ser un museo, fue mi paso por el Museo de Antioquia. El museo de la ciudad. Un museo tradicional, que de alguna manera pretende ilustrar sobre la historia del arte en Colombia, y particularmente en Antioquia, que como la mayoría de los museos en el mundo, es un instrumento que ratifica la cultura hegemónica y por supuesto reedita la historia oficial. De ello dan cuenta dos grandes faltantes, que lo son en la cultura Colombiana: ni los indígenas ni los negros hacen parte del relato oficial de la nación. Los indígenas estaban representados en una sala de Culturas Pre-hispánicas, es decir, como comunidad del pasado. Y en el desmonte de esta sala para hacer de ella una que diera presente a más de 63 lenguas y otras tantas comunidades indígenas de nuestra patria, se terminó dando lugar a una sala para hablar del barro, sí, del barro con el que se hace cerámica. Y la otra gran ausencia es la del arte o las expresiones culturales de nuestras comunidades negras. Antioquia tiene la segunda población más grande de comunidades negras en Colombia y aún no hemos construido una noción de su estética que supere lo que llamamos artesanía o folclore. Hoy el Museo de Antioquia plantea en sus exposiciones temporales preguntas a estas faltas y a la historia oficial. ¿Cuál ha sido la presencia de los afrocolombianos en nuestra historia? ¿De qué independencia hablamos cuando celebramos nuestra Independencia de España? ¿Cómo está representada la mujer en el arte colombiano? Esos ya son aportes críticos relevantes y hacen del Museo uno que indaga por la construcción de dogmas, creencias, valores en nuestra cultura.

Otros dos ejemplos de lo que puede ser el papel de un Museo en la construcción de una sociedad que se piensa y propone desde su cultura avanzar en humanidad y democracia fueron:

La gran exposición “Destierro y Reparación”. Una exposición con más de 8 grandes salas y 64 eventos culturales y académicos que pusieron en evidencia la tragedia que ya la sociedad había naturalizado,

la de un país con más de 5 millones de desplazados para ese momento. Se trataba de conmover, de hacer sentir lo que ese hecho dramático decía de toda la sociedad.

El otro evento fue la re-fundación del formato Bienales de Arte que hacía más de 20 años no tenían lugar en la ciudad, lo llamamos el MDE07, cuyo propósito fue conectar a Medellín con las grandes preguntas que se hacía el mundo a través del arte contemporáneo, pero sobre todo con el fin de dar respuesta a dos condiciones humanas que conviven en la sociedad y particularmente en nuestra ciudad: “Hospitalidad/Hostilidad”. Porque cómo es que una cultura que se caracteriza por su amabilidad y generosidad ha llegado a ser la más violenta del mundo?

Y como último ejemplo: la propuesta de “Museos Comunitarios”, pero no con la idea de replicar el museo en los territorios, sin con la idea de hacer del territorio un espacio de reflexión y significación que contribuyera a la valoración de lo propio, al reconocimiento de la historia de sus comunidades, a la identificación de valores y creencias, de hitos y retos, hecho no para la comunidad sino con la comunidad.

Finalmente, de mi experiencia en el Museo Casa de la Memoria, en donde esa noción de museo que amo, se abre con todas sus posibilidades, intentamos ser un espacio de reflexión relevante en relación a la guerra que hemos vivido los últimos 56 años, que en Colombia deja más de 6 millones de víctimas y en Medellín solamente, más de 600 mil, con el fin de indagar por las causas que nos han llevado a esa guerra y que a su vez nos han impedido salir de ella, para construir una propuesta de una sociedad capaz de convivir de manera armónica; entendiendo que es el único o uno de los únicos museos de memoria que nace aun en medio del conflicto, es decir, que se propone no solo reflexionar sobre el pasado, sino construir razones para salir del conflicto armado político y social.

Es así que el Museo Casa de la Memoria se propone la apuesta política de implementar una pedagogía desde la memoria, desde una concepción crítica, reflexiva y en palabras de Paulo Freire una Pedagogía de la Esperanza:

“...Pensar que la esperanza sola transforma el mundo y actuar movido por esa ingenuidad es un modo excelente de caer en la desesperanza, en el pesimismo, en el fatalismo. Pero prescindir de la esperanza en la lucha por mejorar el mundo, como si la lucha pudiera reducirse exclusivamente a actos calculados, a la pura cientificidad, es frívola ilusión. Prescindir de la esperanza que se funda no sólo en la verdad sino en la calidad ética de la lucha es negarle uno de sus soportes fundamentales. Lo esencial es que ésta, en cuanto necesidad ontológica, necesita anclarse en la práctica. En cuanto necesidad ontológica la esperanza necesita de la práctica para volverse historia concreta...

...Sin un mínimo de esperanza no podemos ni siquiera comenzar el embate, pero sin el embate la esperanza, como necesidad ontológica, se desordena, se tuerce y se convierte en desesperanza que a veces se alarga en trágica desesperación. De ahí que sea necesario educar la esperanza. Y es que tiene tanta importancia en nuestra existencia, individual y social, que no debemos experimentarla en forma errada, dejando que resbale hacia la desesperanza y la desesperación ...”

“La Pedagogía de la Memoria” desde el Museo Casa de la Memoria se orienta en el desarrollo de diferentes estrategias que posibilitan la comprensión y apropiación de las causas estructurales, las dinámicas y los daños derivados del conflicto armado socio político. Hablamos de comprensión en tanto se busca hacer que en los sujetos se despierte la consciencia individual y colectiva y se asuma de manera ética y política la salida misma del conflicto, independiente del lugar o rol que se ocupe en la sociedad.

La pedagogía de la memoria, busca motivar los diálogos de saberes, suscitar la discusión, el debate y la argumentación, aún en medida de la diferencia, alrededor de lo que como sociedad hemos vivido con la perspectiva de futuro, de construcción de formas democráticas para resolver la diferencia. La pedagogía de la memoria le apuesta a construir el tejido social desde el reconocimiento del otro y la otra. Desde la identificación de las corresponsabilidades en el sostenimiento de los ciclos de violencia hacia develar las transformaciones sociales que requerimos para construir una cultura de paz o culturas de paces, como lo definen algunos autores.

Sin el recurso del Museo, sin la posibilidad que da el lenguaje del arte, de lo estético, no tendríamos más palabras que las que se han dicho desde la historia o desde la política, que hasta la fecha han resultado poco transformadoras, talvez porque esos lenguajes no tienen la capacidad de convertir el acto brutal y anecdótico en una expresión universal, que nos habla a todos, que desactiva su carga mortífera para poderle poner la cara, y unirnos como humanidad en el dolor y también en la esperanza de que al fin la vida continúa.